

laba por todas partes.—¡Ah, mi pobre y querido tío, si supiera V. cuál ha sido mi vida! La angustia, el duro destino es la causa de todo... Pero, ahora, ¡lo juro, sí, lo juro! me corregiré... ¡Ya lo verá V.!... Jamás he mentado, mi buen tío, pregúnteselo á quien guste...; soy un hombre honrado, pero no he tenido suerte; nadie ha sentido ternura hacia mí, nadie...

Al llegar á este punto, perdióse su voz entre sollozos. Me esforcé por consolarle y lo conseguí, pues cuando nos detuvimos delante de mi casa, Micha hacía largo rato que iba durmiendo con un sueño de plomo y con la cabeza encima de mis rodillas.

VII

Arregláronle en seguida su aposento; pero, ante todo se le mandó al baño, cosa absolutamente necesaria. Se echaron á la basura todos sus vestidos, incluso el puñal, el gorro y las agujereadas botas; se le proveyó de ropa blanca, zapatillas y un traje mío, que le iba como un guante, según suele suceder á todos los pobres diablos. Cuando se puso á la mesa, lavado, limpio, fresco cual una rosa, tenía un aire tan tierno, alegre y reconocido, que yo también me enternecí y me alegré... Su rostro estaba enteramente transformado... Caras como la suya se ven en los niños de doce años por

Pascuas, después de la comunión, cuando atusados, con sus vestidos nuevos y sus cuellos almidonados, van á dar á sus padres el beso de Pascua florida.

Micha se palpaba constantemente con precaución y con un aspecto indeciso, repitiendo:

—¿Qué significa esto? ¡Debo estar en el cielo!

Por aquella época vivían conmigo una anciana tía y su sobrina. A las dos las contrarió el saber la llegada de Micha; no se explicaban cómo podía recibirle yo en mi casa. El hecho es que tenía una reputación detestable. Pero, por una parte, habíame asegurado de que siempre había sido de una conducta irreprochable con las damas; y además, contaba con su promesa de corregirse. En efecto, durante los

dos primeros días, no sólo correspondió á mis esperanzas, sino que las excedió; y mis buenas señoras estaban lo que se dice encantadas. Jugaba á los cientos con la anciana tía, la ayudaba á devanar las madejas, y hasta la enseñó dos nuevos solitarios de naipes; en cuanto á la sobrina, que poseía un poquillo de voz, acompañábala al piano, y la recitaba versos rusos y franceses; refería á ambas señoras anécdotas graciosas, pero decentes; en una palabra, tenía con ellas todas las menudas atenciones imaginables, tanto, que más de una vez me manifestaron su asombro, y hasta añadió la vieja:

—¡Véase qué injustas son las gentes!... ¿Qué no habrán dicho contra él, tan dulce y tan cortés?... ¡Pobre Micha!

Verdad es que en la mesa el «pobre Micha», siempre que echaba un vistazo á la botella, se relamía los labios de gusto, con pena... Pero no tenía más que amenazarle con el dedo, y en seguida alzaba los ojos al techo, se ponía la mano en el corazón, y decía:

—¡Lo he jurado! ¡Lo que es ahora estoy regenerado!

—¡Dios lo quiera! —me decía yo para mi colete.

Aquella regeneración no duró largo tiempo.

Durante los dos primeros días estuvo muy hablador y alegre. Pero al tercero habíase puesto sordina, sin cesar, no obstante, de permanecer junto á las damas y de entretenerlas. Una expresión, medio de tristeza, medio meditabunda, extendíase por su rostro, que se ha-

bía puesto pálido y algo enflaquecido.

—¿Estás indispuerto? Me parece... —le pregunté.

—Sí—me respondió—me duele un poco la cabeza.

Al cuarto día se quedó completamente silencioso; pasó casi todo el tiempo sentado en un rincón, con la cabeza inclinada como un pobre huérfano, y su aire abatido infundió lástima á las dos señoras, quienes á su vez procuraron distraerle. En la mesa no comió nada, mirando el plato y haciendo bolitas de miga de pan con los dedos.

Al quinto día, la conmiseración que habían experimentado las damas se convirtió en un sentimiento de desconfianza y aun de miedo. Micha se volvía montaraz. Huía de la sociedad, caminaba á lo largo de

las paredes, deslizándose furtivamente, y se volvía de pronto, como si alguien le hubiera llamado. ¿Qué había sido del sonrosado color de sus mejillas? Su rostro parecía embadurnado de tierra.

—¿Continúas indispuerto?— le pregunté.

—No, estoy bueno—respondió con voz saltona.

—¿Te aburres?

—¿Por qué me había de aburrir?

Al decir esto se volvió para evitar mis miradas.

—¿Acaso te ha vuelto la angustia?

Nada respondió á esta pregunta. Pasó un día en la misma situación. Al siguiente precipitóse en mi gabinete mi tía; estaba con una agitación extremada, y me declaró que si Micha permanecía allí,

abandonarían la casa ella y su sobrina.

—¿Y por qué?

—¿Si creerás que estamos á gusto con él!... Eso no es hombre, es un lobo, un verdadero lobo. ¡Anda sin parar, no dice palabra y mira con aire tan feroz! Ya sabes lo nerviosa que es mi pequeña Katia... Se interesó muchísimo por él el primer día... He tenido mucho miedo por ella, y por mí también.

No supe qué responder á mi tía. Sin embargo, no podía expulsar á Micha, habiéndole yo mismo invitado á que viniese.

El fué quien me sacó de aquella posición falsa.

Aquel día—aún no había yo salido de mi gabinete—oigo de pronto detrás de mi una voz sorda é irridada:

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

"ALFONSO REYES"

Año. 1925 MONTERREY, MEXICO

—¡Nicolás Nicolaitch! ¡Eh, Nicolás Nicolaitch!

Me vuelvo: en el marco de la puerta estaba Micha, con una cara terrible, como negra, desfigurada.

—¡Nicolás Nicolaitch!—repitió. (Ya no me llamaba su buen tío.)

—¿Qué quieres?

—Déjame partir... ¡en seguida!

—¿Qué dices?

—Déjame partir, de lo contrario causaré una catástrofe: pondré fuego á la casa, ó mataré á alguien.—Un súbito escalofrío estremeció á Micha.—Haga V. que me devuelvan mis efectos, deme V. una *telegra* para conducirme hasta la carretera y entrégueme un poco de dinero, tan poco como V. quiera darme.

—Pero, ¿qué es eso? ¿Estás descontento de alguno?—comencé.

—¡Yo no puedo vivir así!—interrumpió, gritando con toda la fuerza de sus pulmones.—¡Yo no puedo vivir en vuestra satánica casa de señores! ¡Me da asco, me da vergüenza vivir tan tranquilamente! ¿Cómo pueden Vds. aguantar esto?

—En otros términos—interrumpí á mi vez—quieres significar que no puedes vivir sin beber...

—¡Pues bien, sí! ¡Pues bien, sí!—vociferó.—¡Solamente déjame ir otra vez en busca de mis hermanos, mis buenos amigos, los pobres de pedir limosna! ¡Al diablo vuestra asquerosa raza noble, vuestra raza bien educada!

Ganas me entraron de recordarle sus juramentos; pero su aire frenético, su voz desgarrada, el temblor convulsivo de sus miembros hacían

un efecto tan terrible que me apresuré á desembarazarme de él. Le expliqué que iban á devolvérsele sus efectos y á subirle á una *telega*; y sacando de mi caja un billete de veinticinco rublos, lo puse en la mesa. Micha venía ya hacia mí con aire amenazador; pero de pronto se detuvo, enrojósele el rostro y se contrajo bruscamente, se golpeó el pecho, brotaron lágrimas de sus ojos y balbuceó:

—Tío mío... ángel... ¡Soy un perdido!... ¡Gracias! ¡Gracias!

Cogió luego el billete y echó á correr.

Una hora después hallábase ya en la *telega*, otra vez vestido de *tcherkés*, y de nuevo sonrosado y alegre; cuando arrancó el carruaje, exhaló un grito de alegría, se quitó el gorro, y agitándole por encima de la

cabeza nos hizo saludo tras de saludo. Un momento antes de partir, me había estrechado larga y enérgicamente contra su pecho, diciendo:

—¡Mi bienhechor... bienhechor mío... no se me puede salvar!

Había acudido junto á las damas, besándolas cien veces las manos, de rodillas ante ellas, implorando á Dios misericordioso y pidiéndolas perdón. Cuando todo hubo concluido, encontré á Katia bañada en llanto.

El cochero á quien había yo confiado Micha, me contó á su regreso que le había conducido hasta el primer ventorrillo de la carretera y que no había tenido medio de sacarlo de allí. Micha había convidado en montón á todos los presentes y no tardó en perder el conocimiento.

Desde entonces, ya no volví á encontrar á mi sobrino. He aquí cómo supe los detalles de su fin.

VIII

Tres años más tarde, hallábame de nuevo en el campo. Entra un criado y me dice que una señora Poltef pide verme. Yo no conocía á ninguna señora Poltef; y además, al decirme esto el sirviente, tenía una sonrisita sarcástica. A una mirada interrogativa mía, añadió que la señora que por mí preguntaba era joven, pobremente vestida y que había venido en un carro de campesino tirado por un solo caballo, conducido por ella misma.

Mandé decir á la señora Poltef que se dignase pasar á verme á mi gabinete.

Era una mujer de unos veinticinco años, vestida á lo artesana, con un gran pañuelo de hierbas en la cabeza. Tenía un semblante vulgar, carirredondo pero no desagradable, los ojos bajos, un poco triste la mirada y timidez en los movimientos.

—¿Es V. la señora Poltef?—la dije, señalándola una silla.

—Sí, señor—contestó ella con voz dulce, pero sin sentarse.—Soy la viuda del sobrino de V., Miguel Andreievitch Poltef.

—¿Miguel ha muerto? ¿Hace mucho tiempo? Pero, siéntese V.; se lo suplico.

Dejóse caer sobre la silla.

—Pronto hará dos meses.

—¿Hace mucho que se había V. casado con él?

—Hemos vivido juntos un año.

—Y ahora, ¿de dónde viene V.?

—De los alrededores de Tula...

Hay un pueblecito que se llama Znamenskoié-Gluchkovo; acaso lo conozca V. Soy la hija del sacristán. Allí hemos vivido juntos... Habitaba en casa de mi padre. Eso ha durado un año.

La joven se llevó la mano al rostro, temblaron ligeramente sus labios, veíase que tenía ganas de llorar; pero logró contenerse y sólo tosió un poco.

—Antes de morir mi pobre Miguel Andreievitch —continuó ella — me dió el encargo de venir á ver á V. «Es absolutamente preciso que vayas» — me dijo. — Y me ordenó que diese á V. las gracias por toda

su buena voluntad, y que le entregase... tome V... esta cosita (y sacó del bolsillo un paquetito) que nunca le abandonó... Y Miguel Andreievitch dijo:—Dígnese V. aceptarlo como recuerdo, que no despreciara V. su corto obsequio... «No tengo otra cosa que ofrecerle» dijo.

El paquete contenía una tacita de plata, marcada con la cifra de la madre de Micha. Habíala yo visto á menudo en manos de éste, quien, hablando un día de cierto pobre diablo, me dijo:

—Es verdaderamente pobre, pues no tiene taza ni platillo; y á mí, por lo menos, aún me queda ésta. Di las gracias á la mujer, aceptando la taza, y la pregunté:

—¿De qué enfermedad ha muerto? Sin duda, será de...

Me mordí los labios... pero la joven comprendió mi reticencia. Me dirigió una rápida mirada; después bajó los ojos, y me dijo con triste sonrisa:

—¡Oh, no; había renunciado á eso desde el día en que me conoció! ... ¡Pero, qué salud tenía! Una salud perdida por completo. En cuanto cesó de beber, apoderóse de él la enfermedad... ¡Se había vuelto tan arregladito! Siempre quería ayudar á mi padre en los quehaceres de la casa ó del jardín, ó en cualquier trabajo, á pesar de ser noble de nacimiento. Pero, ¿dónde adquirir la fuerza necesaria? También quiso ocuparse en escribir—ya sabe V. que era una cosa que conocía muy bien,—pero le temblaba la mano y no podía sostener la pluma como conviene... Siempre estaba

reprendiéndose á sí mismo, y decía: «Tengo las manos blancas, manos de holgazán; nunca he hecho bien á nadie, jamás he ayudado á nadie, ¡nunca he trabajado!» Esto es lo que le consumía. Y decía: «Nuestro pueblo se atarea; y nosotros, ¿qué hacemos? ¡Ah, Nicolás Nicolaitch era bueno, y me quería... y yo!...» ¡Ah, dispéñeme V.!

La joven se deshizo en llanto. Tenía deseos de consolarla; ¡pero, cómo? Al fin, la pregunté:

—¿No tiene V. ningún hijo?

Suspiró ella, contestándome:

—¿Hijo? ¡Oh! No.

IX

Y corrieron sus lágrimas con mayor abundancia.

He aquí cómo terminaron las contrariedades de Micha—concluyó el anciano P...—¿No tenía yo razón para llamarlo «un desesperado?» Pero, señores, convendrán Vds. también, sin duda, en que no se parecía á los de hoy; aunque un filósofo quizá pudiera encontrar algunos rasgos de parentesco entre él y ellos. De una y otra parte, la misma sed de su propia destrucción, la misma angustia, el mismo descontento de todo... Pero, en cuanto á saber de qué procede esto, dejaré que ese mismo filósofo resuelva la cuestión.

LA GUILLOTINA